



LA VIDA TENÍA UN PRECIO

Leyendo un libro de Tzvetan Todorov, recientemente publicado en España (2010), *La conquista de América. El problema del otro*, por la editorial Siglo XXI, me he encontrado con una frase demoledora:

Hay ahí un encadenamiento aterrador, en el que comprender lleva a tomar y tomar a destruir (p.137).

La frase se sitúa en el contexto de la conquista de México por parte de Hernán Cortés. Todorov muestra, a través de los textos del propio conquistador y de otros testigos, cómo Cortés comprende a los aztecas y hasta en cierta medida los admira.

Pero esa admiración y comprensión no le lleva sino a utilizar y manipular a los indígenas para su propio provecho y la consecución de sus fines, con un desprecio absoluto a las personas, a su cultura y su diferencia.

La tesis general del autor consiste en afirmar que la conquista, tal como fue llevada a cabo, pone de relieve el cambio de una mentalidad medieval hacia una mentalidad moderna, e incluso contemporánea, en la que lo que prima no es tanto la vida o el trabajo o la comprensión del diferente, sino la satisfacción inmediata de lo que se ambiciona o se desea.

Correos electrónicos que caen como plagas sobre nuestros ordenadores nos avisan de que compañías internacionales esquilman los bosques de la amazonía brasileña. Las noticias en los diarios o en otros medios de comunicación nos informan de que algunas empresas nacionales, extendidas por todo el mundo y con prestigio, se abastecen en fábricas donde el respeto al trabajo es nulo y más bien se trata de 'maquilas' en donde se labora en régimen de franca esclavitud.

La fuerte especulación que hace bailar las cifras de los indicadores nacionales de las Bolsas, así como el precio del dinero, potenciando el incremento y acumulación del oro como valor seguro, - por otra parte como en tiempos de Hernán Cortés- es el modo moderno de ignorar que detrás del posible lucro no hay sólo una ganancia inmediata, sino algo tangible como son las personas que emplean su ingenio y su saber hacer en producir bienes de todo tipo.



Es decir, detrás de todo aquello que se produce hay las manos de personas que tienen derecho a que su esfuerzo tenga un precio y, a poder ser, un precio justo que les asegure vivir con dignidad.

Todo se deprecia, al tiempo que esa convención que es el dinero moneda crece como la espuma y se vuelve inasequible para el común de los mortales. Hemos llegado al absurdo vital de que, lo que es una ficción –el papel moneda-, sea la realidad que nos condiciona a todos, mientras que el único bien gratuito, la vida, no tenga valor alguno.

Resulta, pues que si eso es lo que hemos aprendido de las formas modernas de colonialismo y conquista, contemplado desde otra perspectiva, deviene en un conocimiento que es la regresión al infantilismo más absoluto.

Si la mentalidad occidental se ha construido sobre el comprender para aniquilar, hemos retrocedido en humanización a tiempos a los que no podemos ni denominar prehistóricos; sino de la destrucción de la historia humana. Es decir, hemos llegado a tiempos apocalípticos, pero no en el sentido esperanzador de alcanzar un mundo mejor, sino en el sentido común y popular de que todo sea destruido y desaparezca.

Mientras leía el libro de referencia, recordaba el trabajo de los tintoreros y tejedores guatemaltecos que emplean meses y muchas manos para elaborar sus telas de jaspe que constituyen la base de la vestimenta tradicional femenina; el corte.

Estas telas se venden a precios irrisorios cuando las comparamos con las prendas que se fabrican en fábricas clandestinas, o no, pero que funcionan con un régimen esclavista.

Si un pantalón de chándal, fabricado por ese sistema depredador cuesta en un mercado cualquiera dos quetzales (0,20 €), el corte, prenda básica, vale entre los trescientos, quinientos o más quetzales (20, 30 o 50 €). El sueldo medio de un mes se va en una de esas prendas. Una pieza confeccionada de manera mecánica, que no genera un salario digno, contrasta con lo producido de manera enteramente artesanal, en situaciones de mayor dignidad e independencia.

Sin embargo, en tanto que lo que es una verdadera obra de arte, sólo se cotiza entre aquellos que lo usan a diario, todos vamos uniformados con el pantalón de chándal de dos quetzales (0,20 céntimos de euro).

No sé lo que diría un economista ni a qué teoría recurriría para explicar el fenómeno. Tampoco puedo hacerme una idea de qué puede opinar un sociólogo o un antropólogo, pero lo que es cierto es que si en el viejo Oeste, ese de las películas de indios y vaqueros, ‘La muerte tenía un precio’, ahora es la vida la que tiene un precio:



El del lucro de aquellos cuyo rostro jamás aparece y de los que todos por nuestra indiferencia somos cómplices.

En este tiempo, no podemos decir que no sabemos qué es lo que pasa en el Nuevo Continente, como en tiempos de Cortés. Hoy tenemos la información en tiempo real, pero, posiblemente como a Cortés sólo nos interesa comprender para aniquilar.

Nos hemos vuelto infantiles y, como los niños en su peor aspecto, somos los grandes manipuladores. No nos interesan las personas, ni sus vidas que no valen nada, sólo interesa nuestra satisfacción inmediata y establecer, conociendo al contrario lo mejor posible, mecanismos de control y de dominio.

La humanidad más avanzada se ha vuelto el niño tirano. Quizá todos debiéramos ir al psicoanalista porque nos estamos labrando nuestra propia destrucción.